

Las actitudes de los urbanistas

Una de las características que parecen diferenciar el momento actual en el panorama de la cultura urbanística, sobre todo por comparación con ingenuas e ilusorias seguridades fabricadas en épocas anteriores, es la perplejidad que lleva a los urbanistas a cuestionarse constantemente sobre la validez y eficacia de sus acciones, cuando no sobre el sentido final de las mismas. Una larga cadena de desalentadoras constataciones y un conocimiento mayor del marco delimitador de las actuaciones realmente posibles sobre el proceso de la urbanización abocan a esa situación de conciencia.

Al comentar el desconcierto actual frente al verdadero papel de la planificación física, y refiriéndose al panorama de los Estados Unidos, dice Christopher Alexander que «muchos estudiantes inteligentes y jóvenes profesionales se han convencido de que la organización espacial de las ciudades no tiene en realidad gran importancia, encaminándose, por tanto, hacia otros campos obviamente más sociales», pareciendo decirse: «dejad que la ameba urbana vaya por donde le parezca; lo que realmente importa son las organizaciones económicas y sociales, y no las espaciales» (1). Y en esta línea podrían citarse reacciones y posturas europeas aún más derrotistas que desembocan en la evasión, en las cuales, por otra parte, se mezcla una importante componente política de exigencia de cambio estructural como condición previa a cualquier intento serio de planificación en contexto liberal.

Pero no es esta la única actitud, evidentemente. Quedan aún otras, más o menos generalizadas y más o menos justificadas también.

En un intento de hacer una clasificación aproximada de las principales tendencias que se pueden encontrar entre las actitudes de los urbanistas, parece que se podrían distinguir cuatro grupos fundamentales.

Aunque parezca casi imposible, lo cierto es que todavía se encuentran representantes de buena fe del tipo de actitud que se caracteriza por la confianza en la capacidad del urbanista para lograr la transformación de la sociedad hacia formas mejores de convivencia humana, a través de una adecuada (supuestamente) ordenación de la ciudad. Es la pervivencia de la vía idealista que tan importante papel ha jugado en la historia del urbanismo, en función de la formulación utópica y que, contando con tan remotos como interesantes antecedentes históricos, ha teñido toda la elaboración de la teoría urbanística moderna. Es éste un tema ya suficientemente tratado como para detenerse ahora en él. Baste recordar que, si como decía Martin Buber, la utopía es la presentación de una situación futura sin que se faciliten en tal presentación las indicaciones precisas para que pueda saberse cómo se salvan el tiempo y las circunstancias que nos separan de ella, resulta bien patente la dimensión utópica de buena parte de las propuestas del urbanismo moderno, tanto en el nivel de las construcciones generales y de las propuestas ejemplares, como en el de las planificaciones reales de casos concretos, puesto que todo aquel planeamiento finalista a que nos tenía acostumbrados el urbanismo de épocas inme-

diatamente anteriores, entra de lleno en esta caracterización. Se trata, pues, de una actitud de confianza en aquella capacidad de la actividad urbanística en cualquiera de sus niveles, para modificar estructuras sociales, económicas y políticas a través de una ordenación del marco físico que, para ser formalizada espacialmente, necesita partir de la prefiguración imaginaria de una situación social deseada.

Pero no se trata sólo de que esta pervivencia de la vía utópica aparezca explícitamente manifiesta en propuestas formalizadas, que cada vez van siendo más infrecuentes y evidencian más su falta de interés y su anómala procedencia, sino que dentro de esta misma actitud básica, debemos incluir también una más generalizada pervivencia a otro nivel, latente y no formalizada, que alienta hoy en tantos nobles inconformismos y en tantas justificadas rebeldías y que explica muchas posturas individuales y de grupos, cuya manifestación no encuentra, ni puede encontrar, cauce a través de la actividad profesional. Son los que creen que esa actividad profesional sólo tiene justificación en la medida en que contribuye directa y eficazmente a la transformación de las estructuras sociales y de los sistemas políticos y económicos que rigen la sociedad.

Oriol Bohigas, en su bien construido discurso «Contra una Arquitectura Adjetivada», al tratar de deshacer algunos de los equívocos que se mezclan hoy con determinadas actitudes progresistas, ha calificado de «ingenuidad sorprendente» la actitud, paralela a la que aquí estamos considerando, que confía en la capacidad del diseño y de la arquitectura para alterar directa y positivamente la estructura social y política, señalando, con lógica que conviene igualmente al urbanismo, la inutilidad de tal pretensión a partir de una actividad (del urbanista en nuestro caso) desarrollada con la vista puesta imaginativamente en una deseada situación evolucionada de la sociedad. Para Bohigas es ésta una actitud reaccionaria, puesto que comporta un intento de predicción a partir de datos actuales, sin contar con el proceso histórico intermedio.

Transponiendo el pensamiento de Bohigas, podría afirmarse que los problemas en juego no son susceptibles de tratamiento a través de los instrumentos de la disciplina que maneja el urbanista, sino que trascienden a ésta. Se trata de «unos problemas cuya gravedad y alcance está más allá de las posibilidades de la limitada actuación de los profesionales», ya que se refieren a la estructura general del país, y los logros obtenidos en este terreno por otros países «deben clasificarse como hechos sociales y políticos más que como productos profesionales». Es entonces una ingenua pretensión, efectivamente, atribuir valor político transformador a la actividad profesional del urbanista y esperar el cambio de las estructuras sociales a través del ejercicio de esa actividad.

La comprensión de esta realidad y su aceptación está produciendo otra de las actitudes que interesa destacar: una frustración personal que lleva al escepticismo y finalmente a la renuncia a la actividad urbanística, actitud en la que vienen también a inscribirse, y esto es importante, todos aquellos otros que, sin proceder de la decepción producida

(1) Christopher Alexander: «Cambios en la forma». En *La estructura del medio ambiente*. Tusquets edit. Barcelona, 1971.

Editorial

por el fracaso de la vía utópica, han perdido la esperanza en la validez de su esfuerzo personal, ante una ineficacia del urbanista para imponer procesos de racionalización al desarrollo urbano, constatada a nivel personal.

Es ésta una actitud dolorosa y tentadora a la vez, porque en la renuncia está también el descanso y otra forma de justificación personal. En muchos casos, los que no la han adoptado miran con añoranza otras actividades menos traumatizantes, porque en el fondo hay un deseo de liberación y es muy difícil discernir hasta dónde puede intervenir el cansancio de una experiencia personal sostenida muchas veces sin apoyo, o la desconfianza en las propias fuerzas ante las dificultades, o el análisis lúcido y objetivo de la realidad.

Pero caben muchos matices. Cabe la renuncia integral, el desentendimiento absoluto, la inhibición. Cabe la observación y la vigilancia expectante desde el margen. Cabe la labor docente y la investigación teórica, metodológica y experimental. Cabe la publicidad. Y cabe la crítica, que es ya una forma de actuación y supone un cierto grado de esperanza.

Veamos ahora otra actitud. Parte de una situación de hecho que se acepta. Ahora ya no hay preocupación por el cambio de estructuras, ni tiene sentido plantearse, puesto que básicamente se está de acuerdo con ellas. Estamos dentro de un sistema dado y el «futuro mejor», que se trata de alcanzar, es conocido como continuación del presente. En los últimos tiempos este conservadurismo extrapolador adopta una envoltura que le hace más presentable. El urbanista se sitúa en una asepsia científica y metodológica desde la que cree operar al margen de toda problemática ideológica para alcanzar ese «futuro mejor» que es simple continuación del presente. El énfasis se traslada a los métodos y a las técnicas de análisis y de comprobación incorporados a la actividad profesional, al proceso de elaboración del planeamiento y a los pasos que le preceden, casi como fines en sí mismos. En muchos casos la adopción de esta envoltura es una forma de evasión, a través de una verdadera alienación metodológica, que releva de otras preocupaciones y produce seguridad.

En cualquier caso, a efectos de caracterización, lo fundamental es el conformismo, se arroje o no con nuevos instrumentos que aseguren una apariencia progresista, pues no puede olvidarse que junto con los asepticos y científicos representantes de esta actitud, hay que alinear a otros, igualmente conformistas, pero urbanistas menos «in», que trabajan con metodología intuitiva y rudimentaria, impermeables a Harvard por ahora.

Finalmente aparece otro tipo de actitud. La de aquellos que sincera e ineludiblemente progresistas, sin renunciar a ninguna aspiración justa en cuanto a modificación del orden social, enfocan su actividad profesional buscando caminos viables para superar el conformismo, la inhibición y el utopismo, a través de un realismo posibilista. La de aquellos que, sin creer en grandes cambios a promover desde la propia actividad profesional, ven la utilidad de trabajar en pos de realidades inmediatamente posibles, eludiendo la esterilidad del idealismo reformista y de la retórica científista.

Esta actitud se basa, por una parte, en el reconocimiento

del verdadero alcance de los instrumentos que maneja realmente el urbanista, y en la aceptación de los modestos límites de ese alcance, en los que se inscribe toda su actividad profesional, mediatizada, configurada y sometida por las realidades generales y por los instrumentos de actuación con que puede contarse. Saben estos urbanistas que la sociedad no va a ser transformada por el urbanismo.

Pero este reconocimiento no lleva ni a la inhibición, ni al conformismo ni a la utopía. La inhibición se supera por la acción. El conformismo y la utopía por la orientación que reviste la acción. Porque ahora ya no se trata de producir una optimización teleológica de la realización de una forma concreta de «futuro mejor», que no se conoce, sino de trabajar en la producción de unas realidades de posible uso inmediato por la sociedad actual y que dejen al mismo tiempo un margen de indeterminación y de apertura para acoger las evoluciones futuras, imprevisibles, que habrá de sufrir esa sociedad a través de su dialéctica histórica propia. Los urbanistas de este grupo, aunque no se abstienen, tampoco pueden ser ingenuamente ilusionados, ni optimistas, ni seguros. Todo lo que sea dogmatismo, certeza, claridad, merece su desconfianza, pues saben muy bien que proviene de reducciones y simplificaciones abusivas, basadas en planteamientos idealistas. Por eso no pueden tomar en serio las pretensiones de clarividencia, de seguridad o de magisterio para enfrentarse con los problemas. Estos, para el urbanista de este grupo, son en gran medida irresolubles, derivados inevitablemente de unas situaciones generales que él no puede controlar y sabe que sólo le cabe contribuir a mitigar sus consecuencias por acciones pequeñas, a introducir una cierta racionalidad en los procesos, en las decisiones, a clarificar situaciones concretas, a analizar y diagnosticar, a presentar opciones valorando sus ventajas e inconvenientes, a anticipar resultados, a calibrar el impacto de cada respuesta de la realidad sobre los procesos previstos para poder proceder al reajuste de los mismos. Y esto, tanto en el nivel de las operaciones concretas inmediatas que constituyen la actividad habitual, como en el de la regulación y encauzamiento generales cuando se presenta la oportunidad de influir en ese terreno, pero siempre con ese carácter de penúltimidad, de provisionalidad abierta a la espera de una evolución más general.

Lo que ocurre es que una tal actitud no siempre puede ser mantenida largo tiempo. Exige una tensión personal que desgasta y exige un mínimo de fe en las condiciones de entorno en que se realiza la propia actuación que no siempre se puede sostener. Por eso, entre el mundo de los posibilistas y el mundo de los evadidos hay frecuentes migraciones en ambos sentidos, en función de múltiples situaciones circunstanciales variables a lo largo del tiempo que desencadenan reacciones individuales transitorias o definitivas que, al fin y al cabo, no tienen mayor importancia dentro del panorama general. Y este último parece que queda bastante bien reflejado, que era de lo que se trataba, con todos los matices intermedios que se quieran añadir, por las cuatro grandes formas de actitud que acabamos de señalar: reformismo, evasión, conformismo y posibilismo.